

Los dulces nombres I

Análisis de un poema de Abigael Bohórquez

Cesar David Álvarez Ledo
Lingüística y literatura hispánica

Dentro de la tradición literaria, el amor, el deseo y la añoranza del ser amado son temas muy recurrentes, que han sido planteados desde los versos de Dante hacia su adorada Beatriz, hasta nuestros días, con los tristes versos de Neruda; sin embargo, Abigael Bohórquez, poeta mexicano nacido en Sonora, decidió ir contracorriente, creando una poesía que se negaba a seguir los cánones de un México en el que se buscaba plasmar la imagen ideal del hombre viril para el progreso y el bienestar de la patria. A pesar de que el autor en vida no contó con el reconocimiento público que su obra merece, lo cierto es que se trata de una de las voces más poderosas dentro de la poesía mexicana del último siglo, que sin temor a las fuertes críticas que en aquella época se hacían hacia cualquier manifestación de homosexualidad, escribió con la libertad que sus pensamientos y su pluma le permitían, permaneciendo, de esa forma, inmortal, vigente e inolvidable hasta nuestros días.

En su obra poética, el escritor sonoreense exalta y magnifica un deseo prohibido, con poderosas imágenes homoeróticas que demuestran la otra cara de un placer oculto, invisibilizado y estigmatizado por la sociedad.

En *Los dulces nombres I*, poema que vio la luz en el año de 1985, Bohórquez nos brinda varios elementos para poder constatar este interés que tiene por plasmar sin tapujos las pasiones humanas sentidas a flor de piel y expresadas en todo su esplendor.

Uno de los elementos que más sobresalen en el poema, es el poderoso deseo que el autor manifiesta por la juventud, la vitalidad, la plenitud de la vida en su más espléndida etapa, pues, siguiendo a Greimas (1917-1992) y el concepto de las isotopías, en el que se ponen de manifiesto la relevancia de los campos semánticos en los discursos narrativos y poéticos, la aparición constante de palabras con una carga semántica similar me han permitido observar la recurrencia de la idea de la juventud y la pureza en la obra. Para sostenerlo, en el segundo

1 El poema se presenta al final del presente ensayo.

verso se nos brinda la palabra “mocedades”, que refiere al periodo de la vida comprendido entre la infancia y la madurez, poniendo de manifiesto la presencia de una energía desbordante en el individuo; seguido a ello, tenemos la palabra “feraz”, cuyo significado se remonta a la abundancia, la fertilidad; después, en el décimo noveno verso nos encontramos con una palabra fundamental, que es “doncel” y que alude a la condición de virginidad en un hombre, exaltando con esto la castidad, la pureza; en un aspecto más corpóreo, en el verso veintisiete, como única conformante del mismo, tenemos la sentencia que dirige a su amante, “Oh, Mórvido.” en la que se destacan, por una parte, su significado, que refiere a algo blando, suave y delicado, y por otra, la morfología del adjetivo, que comienza con mayúscula sin haber antes un punto y seguido, mostrando de esta forma que se trata de una palabra mayor, con gran peso en el poema; y no satisfecho con todas estas palabras, Bohórquez ahonda más en el estado de pureza, añadiendo entre sus versos “niño de la siesta” y “tierno”. De este modo, la isotopía en el poema es clara: se exalta la dulzura de la juventud, de la vitalidad y de la pureza.

Por otra parte, el estado líquido también tiene una presencia considerable entre los versos de este poema; son múltiples las palabras que aparecen y que poseen una relación, tan directa como indirecta, con lo líquido, como *huracánido*, *diluvial*, o *marea*; sin embargo, entre todas ellas, hay una palabra que sobresale más que cualquier otra, ya que aparece seis veces dentro del poema: *mar*.

Para el análisis del papel de esta palabra en el poema, he recurrido a Yuri Lotman (1922-1993), y su teoría semiótica, en la que se estudia al signo de acuerdo con la función estética que cumple dentro del texto, y junto a ella, su posible significado.

Podemos definir a la palabra “mar” como una inmensa masa de agua salada que cubre gran parte del planeta y que es hogar de innumerables especies que habitan en él; con la definición anterior se puede comenzar a asociar el significado cotidiano que tiene, con el que se le otorga en el poema.

Por el tono erótico, gran parte de los versos vienen cargados con un sentido sexual, que influye desde luego en el sentido connotativo de la palabra. La primera vez que aparece la palabra, se habla de la falta de la misma, de “sus cómplices azogues”, que no son sino barcos en los que se transporta el mercurio, y que pueden fungir en este

discurso poético como los espermatozoides que fluyen en este líquido vital representado por el mar; se prosigue con frases sugerentes: “sus empujes vitales”, haciendo alusión a la cópula, “bramal y salitrado”, hablando sobre el periodo de apareamiento de los animales y sobre una consistencia salina respectivamente, y “entrambaspiernas”, refiriéndose al lugar de procedencia, a la fuente de donde emana dicho mar; todo lo anterior apuntando a una sola dirección significativa: el semen es representado por ese vasto océano, por este mar.

Otro elemento sobresaliente es la separación de cada una de las estrofas, que obedece a los momentos del encuentro sexual, dándole así también cierta carga significativa a la propia sintaxis. Una sintaxis rítmica. En la primera estrofa se habla del comienzo tímido, preámbulo de la intimidad, y que a medida que avanza se pierde poco a poco la vergüenza, hasta encontrarse ambos sin ningún atisbo de pena; en un segundo momento, siendo la estrofa más corta, se habla del momento cumbre, de la llegada del orgasmo y la eyaculación, representado mediante aquel “goce diluvial”; la tercera estrofa, un tanto más amarga, muestra la partida del amante al haber finalizado el encuentro.

Con todos estos elementos presentes dentro del poema, y muchos otros no abordados en este trabajo, Abigael Bohórquez nos muestra un mundo agrídulce que no concierne únicamente a la homosexualidad, sino a toda una comunidad humana en la que se busca la obtención de un placer inmediato, carnal, pero efímero, y en el cual, pasados esos momentos de furor y aparente placer, permanece un sentimiento de desolación, de soledad, que no puede ser llenado, aunque se pretenda, por los goces momentáneos que nos brinda el contacto físico y sexual, pues la calidez corporal desaparece tan pronto como cuando quien nos la brindaba se ha marchado, y se valora, por el contrario, el afecto, los vínculos amorosos, el profesar cariño, la permanencia en la vida. En el poema se recrudece la soledad, y con ella un vacío significativo, se habla con amargura del abandono, de la desolación, del desahuciado que no se sabe apreciado, querido, del peligro de vivir una vida sin amor.

Referencias

BIBLIOGRÁFICAS

- * Bohórquez, Abigael. *Los dulces nombres. Antología poética*. México: CECUT, 2020.

Digital.

- * Greimas, Algirdas. *Ensayos de semiótica poética*. Barcelona: Planeta, 1976. Digital.
- * Lotman, Iuri. *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*. Madrid: Cátedra. 1996. Digital.



Los dulces nombres I
ABIGAELE BOHÓRQUEZ

No bastó que el silencio confirmara
sus nervuradas mocedades.
Ni bastó que la luz enjazminase
sus pendulares
atributos.
Ni que hacia mí sus pasos condujeran
rastros de algún incendio.
Ni la invasión total de su hermosura
en las avasalladas soledades.
Ni su pelo feraz ya levemente mío.
Ni sus ojos tabaco
de eficaces instantes.
Ni el reclamo
de lo que en su cuadril ruseñoreaba.
Faltaba el mar, sus cómplices azogues,
sus empujes vitales,
el júbilo hamacal de sus vaivenes;
y el mar, bramal y salitrado,
doncel entre la luz, llegó lamiendo
aquella flor de carne entre mis manos.
Yo estaba sobre la ácida blancura,
junto a la desnudez total, súbdito y amo
de aquel cuerpo de almendras y de limo.
Oh, niño de la siesta, oh tierno, oh mío.

Recuerdo que subía del suntuoso verano
la rama intensa del calor.
Oh, Mórbido.
Oh huracánido.
Y ardió a besos el mar
entrambasaguas,
entrambazarpas,
entrambapiernas descrifrantes del fuego
y los saqueos de insaciables discordias,
como barcos tundidos que el mar hunde o levanta,
como leños que anega y transfigura
perseverantemente.

Plenario fue el amor. Enardecido
el goce diluvial, la punzadura
del cuerpo bienherido, servidumbre.
Y sentimos el mar y sus reclamos
mío también diciendo
entre las ondas vulneradas.

Ahora,
lenguante el mar, bramal y salitrado,
profundamente canta en la memoria,
canta, mientras la vida,
con revuelta marea
rejunta entre sus aguas las aguas de este olvido.
Todo tiene su precio.
Y he pagado
con vejez o con lágrimas
aquel amor perdido.